

EL RAPTO

I

El automóvil se detuvo. Las últimas trepidaciones del motor se apagaron, y nada anunciaba ya su presencia en el hondo camino en que se había parado, sino la fuerte claridad de sus linternas, proyectadas sobre los rojizos fustes de unos pinos rodenos. Del coche descendieron un hombre y una mujer que, quietos un instante, escucharon. Nada turbaba aquel amplio silencio más que los suspiros del viento en las ramas y la resaca del cercano mar contra las rocas. Esa noche de Navidad envolvía aquel rincón de la costa provenzal en una atmósfera tibia, como de primavera y tan diáfana, que los viajeros podían distinguir a bastantes pasos, bajo la bóveda arbórea que los cobijaba, los esqueletos fantasmagóricos de las ruinas a las que aquella playa debe su nombre de Pomponiana. Todos los que han visitado Hyères conocen ese pintoresco montículo, donde el penúltimo duque de Luynes comenzó unas excavaciones, interrumpidas por su muerte. Hyères está a cuatro kilómetros; Tolón, a más de diez. Unas caba-

ñas de madera, lugar de cita de jugadores de bolsa, y algunos hoteles diseminados a lo largo del camino, sostienen allí durante el día una circulación que termina próximamente a las ocho. Eran más de las once. Sin embargo, como si no estuvieran bastante seguros de la completa soledad, los dueños del automóvil continuaron hablando en voz baja, cuando después de encargar al *chauffeur* que les esperase, se internaron en el bosquecillo, ya bajo y tupido como una maleza, ya elevado como un verdadero pinar, que cubre la pendiente de aquellas colinas, especie de oasis levantado entre Hyères, Tolón y el golfo de Giens. El hecho del cual aquella misteriosa parada a tales horas y en tal punto señalaba sólo el comienzo, era uno de esos siniestros atentados ante los que retroceden siempre los hombres de cierta esmerada educación; y el hombre que caminaba de ese modo, por una desierta ruta de Provenza, la noche de Navidad del año 1902, llevaba un nombre que contrastaba extraordinariamente con la aventura a que se disponía. Se llamaba el marqués de Rourre, y descendía auténticamente de una de las familias más nobles de la Auvernia. Su compañera le había agarrado del brazo con el gesto de una mujer que no quiere dejarse escapar un cómplice del cual no está muy segura. Caminaba arrastrándola, y de su lindo rostro hacia-él, y cuyas delicadas facciones acusaba la luna, emanaba un deseo apasionado de sugestión, imponiéndole su voluntad por la negra mirada de sus ojos inmensos, por la sonrisa de su boca palpitante, por el calor de su abrazo, por el acento de su voz cálida.

— Ya ves que todo nos favorece—decía—. Hay tanta claridad como en pleno día. Un poco de valor durante media hora, y asunto concluído... Te prometí ser tan buena para el niño como si fuera su madre. Nunca te probaré más cuánto te amo... Por-

que al fin y a la postre, yo no soy su madre, y es hijo de *ella*. Lo olvidaré para no acordarme más que de *nosotros*... ¡Ese niño es el arma segura que no fallará!... ¡Ah! ¡Si pudiese ir yo misma y arrancarle de sus manos!... Tendría valor, te lo juro... Pero no, él no me conoce. Gritaría, se rebelaría, mientras que contigo... Te ha visto aún no hace un año; eres su padre. ¡Te seguirá tan naturalmente!... ¡Es tan difícil!...

— Sí—respondió el señor de Rourre—. ¡Tan fácil... y tan duro!... ¡Entrar como un ladrón, escondiéndome, en una casa donde he vivido como dueño! ¡Exponerme, si me ve algún criado, a luchar con él, a ser detenido quizá innoblemente! Escalar muros, violentar puertas... ¿Y si ella está allí, cerca del niño?...

— No estará—interrumpió la joven vivamente—, bien lo sabes, puesto que hemos escogido esta hora a propósito. Estará en la misa del gallo, como todo el mundo, y aun cuando la encontraras allí, ¿es que acaso no tienes tú un sagrado derecho, el de la naturaleza? Una vez más, ¿no eres su padre? ¿No es tuyo ese hijo? Vas a recobrarle; eso es todo... No hay fallo de tribunal que pueda prevalecer contra la sangre. ¿Por qué te han negado ese hijo? Porque vivías conmigo y yo soy tu querida. Pero cuando tu separación se convierta en divorcio, ¿no voy a ser tu mujer?

— Serás mi mujer—dijo él estrechando más el brazo que se apoyaba en el suyo. Un momento permaneció callado. Sin duda estaba fuertemente conmovido por la evocación de la tragedia que en realidad viviera: su matrimonio con una piadosa doncella de su mundo, la señorita Luisa de Avançon; el nacimiento de su hijo Mauricio; sus primeras infidelidades cometidas durante el embarazo y la cuaren-

tena de la madre; luego su pasión por aquella a quien oía, a su lado, pisar con sus menudos pies los guijarros del camino; los celos de su mujer, sus disputas, las brutalidades de él hasta la última escena de violencia ante testigos, la cual había conducido al escándalo de su proceso de separación. Por fanfarronada había instalado en su casa a Julia Cordier. Este era el verdadero nombre de su peligrosa querida, más conocida, en los teatruchos donde actuaba antes de su amancebamiento, con el pseudónimo de Julieta de Orsay. Aquella impúdica presencia bajo el techo conyugal había sido impuesta por ella. Desde el primer día había visto en su amante uno de esos seres débiles con apariencias enérgicas, de los que una diplomacia un poco fina debe obtenerlo todo. Y ella no pretendía nada menos que ser la señora marquesa de Rourre. De ahí aquel escándalo destinado a aislar para siempre al desgraciado de su ambiente. No había calculado, creyendo al señor de Rourre muy rico, que asestaba un golpe terrible a sus propias ambiciones, obligando a su amante a comprometerse de ese modo. El marqués había dilapidado mucho en su juventud, seguro de heredar a un tío materno que no tenía pariente más próximo. Las revelaciones del proceso fueron causa de que el viejo gentilhomme modificase su testamento y dejara todos sus bienes en nuda propiedad al hijo de su indigno sobrino y el usufructo de ellos a la madre. Mientras la señora de Rourre veía juntarse aquella crecida fortuna a sus bienes y subir sus rentas a más de 150.000 francos, el amante de la ex Julieta de Orsay acababa de arruinarse. Su querida le había sacrificado su carrera artística. ¿Cómo pagar tal sacrificio sino con todos sus caprichos de elegancia y de lujo? Y Francisco de Rourre había buscado dinero, donde en París se encuentra: en casa de los usure-

ros, en las mesas de *bacará* y en la Bolsa. Aquella expedición clandestina, en esa noche de Navidad, era el trágico resultado de tales operaciones. Instigado, arrastrado, seducido por los consejos de la aventurera a la cual había ligado su destino, el infortunado se disponía a apoderarse de su hijo. Todo estaba dispuesto para marchar a América con el niño. Entonces se trataría de vender a la madre un regreso, que seguramente pagaría muy caro. Horroroso proyecto que favorecía mucho la permanencia de la esposa en un hotel algo aislado de los alrededores de Hyères, y más todavía un pequeño detalle conocido por el raptor, que había vivido allí los primeros días del matrimonio: el anterior propietario había hecho construir en el parque una capilla independiente de la casa. Todas las probabilidades hacían esperar, como Julia Cordier lo había recordado únicamente, que la criatura estuviese sola en su cuarto aquella Nochebuena. Sus cinco años no permitían que su madre le impusiese el sacrificio de la misa del gallo. Pero ¿cómo el padre no sintió, aun en su degradación, lo que añadía de innoble a aquella emboscada, su misma seguridad fundada en la devoción de la mujer y en su celo por la salud del niño? Cuando rompió el silencio, ese remordimiento se reflejó en el tono con que subrayó una de las frases pronunciadas por su astuta y funesta consejera:

— Sí—repitió él—, tú serás mi mujer... *Ella* me provocó, me humilló, me arruinó. Yo haré que no pueda llevar más el nombre de su hijo sin partírtelo contigo...

— Si piensas así, volvámonos—dijo la amante haciendo ademán de retroceder. Luego, cruelmente, agregó:—Aun no se ha olvidado la Orsay de su *Variétés* ni de su Palais-Royal. Volveré a ellos; es bien sencillo...

— No—replicó él apasionadamente—. No me abandonarás. Nunca, nunca...— La había estrechado entre sus brazos, y en la diafanidad de la templada noche meridional, la belleza voluptuosa que le tenía hechizado impresionó sus sentidos con un profundo estremecimiento. Sus bocas se juntaron en un beso que dió a aquel hombre enloquecido el frenesí de su resolución primera.

— Esa fortuna era mía. Ella me la ha robado perjudicándome en el ánimo de mi tío. Yo recobraré lo que pueda y como pueda. Vamos...

Y sin cambiar más palabras, reanudaron la marcha, siendo él ahora quien conducía a ella. Los alerces se hacían cada vez más altos, proyectando sobre el camino una sombra más densa, que la luna tamizaba con su polvo de plata. Los cómplices bordeaban los cercados, donde ladraban los perros a su paso; marchaban por atajos en que tenían que apartar las ramas de los madroños, lentiscos, enebros, brezos y romeros. Esos arbustos aromáticos mezclaban sus perfumes con el olor de los pinos; y los efluvios de aquellas colinas por donde se había paseado con su tierna esposa durante la primera época del matrimonio, reavivaban en Francisco de Rourre recuerdos que exaltaban aún más su cólera. Por fin apareció un muro que hacía ángulo con el camino, desierto entonces.

— Ese es—dijo él deteniéndose.

— Son las doce y cinco—pronunció Julia después de mirar, a la claridad de la luna, un reloj engastado en un brazaletes—. Te espero aquí. Bésame, amor mío, y ¡ánimo! Piensa que es por tu amante querida por quien vas a luchar... ¡Ah! Ella debería impedir que te expusieras de ese modo. ¡Si te tomase por un ladrón!... ¡Si se disparase sobre ti!...

— No temas—respondió él bruscamente. La as-

tuta mujer acababa de emplear el argumento decisivo. Había mostrado el peligro a un hombre valiente. Volvió a estrecharla amorosamente contra su corazón, y de un salto ganó la tapia apoyando el pie en una gran piedra colocada en aquel punto para marcar la linde de las propiedades. Demasiado bien conocía ese detalle. Era él mismo quien había hecho reparar ese ángulo de la cerca en otro tiempo.

II

El parque que rodeaba el hotel habitado por la señora de Rourre parecía como cortado en la misma selva que adornaba la colina. Se habían respetado los pinos y trazado solamente, a través de su espesura, avenidas, cuya complicación hubiese extraviado a cualquier otro visitante. Había escaleras de rocalla que descender, verdaderas rocas que rodear, y un estanque, detrás de un muro, que esquivar. La estancia del marido infiel en aquel hermoso paraje era muy reciente para que pudiera engañarse en uno solo de los puntos de tal laberinto. Diez minutos después de dejar a su amante, estaba delante de la casa. Silenciosa y hermética se erguía, dibujando la luna claramente sobre el azul del cielo la línea de su original arquitectura. Dos terrazas a la italiana prolongaban por ambos lados el único piso, rematado por un torreón. Geranios trepadores y rosales Banks revestían la fachada de un manto ondulante de hojas y de flores. Una sola parte del bosque había sido roturada, la que se extendía ante la fachada. Palmeras y yucas crecían allí libremente, atestiguando esa vegetación africana la dulzura y el poder de un clima

hecho para construir un nido de amor en la paz, de dicha en la soledad. A través de las palmas dentadas de las *Phoenix* y de las *Jubosas*, se perfilaba, a unos cincuenta metros, la silueta de la capilla y su gótico campanario. La vidriera de su rosetón estaba iluminada. Francisco de Rourre pudo convencerse, por aquella señal, de la exactitud de su previsión. Se celebrara allí un oficio al que todos los habitantes de la casa debían asistir. Los ladridos de un perro, encadenado cerca de la caseta del jardinero, a doscientos pasos de la misma casa, se redoblaron a medida que el raptor se acercaba; pero como el animal había sido atado, precisamente para que los fieles de la misa del gallo no fuesen víctimas de su vigilancia, y como, por otra parte, ese aullido se oía hacia ya cerca de una hora, ninguno de los que en aquel momento se encontraban en la capilla se preocupó de él. Los dos perros de la marquesa habían quedado en la casa, pero en la planta baja. Mas aunque se les hubiese encerrado en la misma habitación donde iba a penetrar, no por eso hubiera retrocedido. Eran dos Kings Charles ya viejos y que le conocían. Por otra parte, no se paró a pensar en las probabilidades favorables o adversas. Para él la cuestión era escalar una de las terrazas: la de la derecha, que daba acceso, por un balcón, al cuarto de la señora de Rourre. Estaba seguro, conociendo bien la disposición de la casa, de que la habitación del niño debía ser la más inmediata, la que le había servido a él, en otros tiempos, de dormitorio. Grandes jarrones de forma provenzal transformados en tiestos, donde se abrían soberbiamente ramos de manzanilla, se hallaban alineados debajo de la terraza. Subido en uno de ellos, Francisco se agarró con una mano a un pilar de la balaustrada y con la otra se cogió a la cornisa. Un esfuerzo más, y apoyando sus pies en los alambres,

por donde subían las plantas trepadoras, logró escalar el balcón.

Hasta aquí la dificultad había sido puramente material. Ensangrentarse las manos en un escalamiento, magullarse las piernas en él, aun arriesgarse, si se le hubiese visto y tomado por un ladrón, a recibir una bala, son sensaciones que un hombre valiente afronta con facilidad. Pero en el momento en que Francisco de Rourre iba a forzar la hoja de la ventana, pensó que podía encontrarse realmente, según se lo había dicho a su amante con mal disimulado temor, frente a frente con su esposa... Su corazón, tan tranquilo al franquear el muro del parque, latía violentamente mientras trataba de abrir el atrancado postigo. Si hubiese habido alguien en la habitación, aquel ruido hubiera bastado para llevar su atención hacia la ventana; pero ningún rumor salió de la cerrada estancia. Francisco tiró con violencia de uno de los batientes, introduciendo los dedos por la rendija de las maderas. A su presión desesperada sintió ceder la falleba interior, y, envolviéndose previamente la mano con un pañuelo, de un puñetazo hizo saltar el cristal que encontró detrás del postigo levantado. De esta manera pudo abrir la ventana y penetrar en el cuarto, que evidentemente estaba vacío, pues aquel estrépito no había provocado grito alguno. La violencia de aquella fractura había despertado en el que la cometía los más perversos instintos, como sucede cuando un hombre de cierta clase comete actos cuya vileza le descalifica ante sí mismo. El gran señor convertido en ladrón tuvo, ante el triunfo de su designio abominable, un momento de feroz alegría, que sucedió de modo casi espasmódico a su ansiedad. Comenzó a reír, pronunciando en alta voz estas palabras, que hubieran helado la sangre en las venas de la moradora de esa mansión, arrodillada entonces

en la capilla, si hubiera podido oírlas y ver aquel gesto:

—Por esta vez, no hay remedio.

Mientras decía esto, y aunque los rayos de luna que entraban por la ventana entreabierta daban cierta claridad a la estancia, sacó de su bolsillo una pequeña lámpara eléctrica, cuyo resplandor le permitió divisar una palmatoria, cuya bujía encendió en seguida. A su pesar, y una vez que la temblorosa llama extendió su luz circular, examinó de una ojeada los rincones de aquella habitación, y su aspecto conocido le hizo estremecer. La esposa ultrajada y abandonada no la había alterado en lo más mínimo, aunque hubiese sido natural que su resentimiento la indujera a apartar de allí todos los objetos, testigos demasiado elocuentes de una unión tan dolorosa como breve. Pero no. Los muebles permanecían en el mismo sitio; la misma tapicería colgaba en la alcoba, donde el mismo lecho preparado mostraba solamente el único almohadón de la viuda. Los mismos cuadros adornaban las paredes. ¿Los mismos?... No. Sobre la puerta había uno que antes no estaba. Francisco de Rourre se acercó, con la luz en la mano, como si no quisiera creer lo que veía. Era su retrato lo que su mujer había colocado en aquel sitio. Sin duda le había mandado hacer después de su separación, según alguna fotografía. Se acercó al escritorio. Otros retratos suyos estaban allí, en los marcos de piel que la señora de Rourre llevaba consigo dondequiera que se trasladase. Su forma lo atestiguaba. El asombro que al improvisado visitador de aquel sitio produjeron esos inesperados detalles fué tan grande, que le invadió un temblor que le obligó a dejar la palmatoria. ¡Había entrado en la casa tan convencido de que su mujer le odiaba!... ¡Se había manifestado tan implacable en su procesol... ¿Por qué entonces esas se-

ñales ciertas de un recuerdo, que hubiera debido exteriorizarse lógicamente por alguna indulgencia y no por aquella inflexibilidad en sus reivindicaciones y, sobre todo, en lo concerniente al hijo? ¿Aquellos retratos, esparcidos por todas partes, parecían dar testimonio de que ella le amaba todavía o que la importaba hacer creer que le amaba? Pero ¿para qué desempeñaba esa comedia, si es que lo era? ¿Qué podía importarla mantener una creencia que toda su conducta desmentía, puesto que jamás aprovechó una sola ocasión para aproximarse a aquel cuyo nombre llevaba y cuyo hijo retenía con tanto celo? Los jueces habían concedido al padre el derecho de ir a visitar al hijo en determinadas épocas, y apenas si hizo uso de él, porque en todas las visitas estaba la madre allí, graciosa cuando entraba, glacial cuando salía, amable sólo cuando Mauricio estaba entre los dos. Y he aquí que a través de aquella vertiginosa aparición de pensamientos que se verificaba en el espíritu de aquel hombre, inmóvil y como estupefacto, comenzaba a bosquejarse una respuesta a ese ¿Por qué?... que brotaba súbitamente de todos los rincones de la estancia. La respuesta iba a precisarse de un modo más claro todavía por un hecho sencillo, pero que debía remover en el padre hasta las más profundas fibras de su ser.

Para sacudir la súbita paralización de que se sintió invadido, se dijo:

— Hay que darse prisa. Julia me espera...

Aquella evocación de la querida, en la alcoba de la esposa, era una rebelión de su presente contra su pasado, un aferramiento de su voluntad inquieta de pronto por la influencia que le había como arrastrado a tal momento y a tal acto. Cogió otra vez la palmatoria y entró en el tocador, que comunicaba con la otra habitación, en la que dormía su hijo. Un leño

acababa de consumirse en la chimenea de aquel gabinete, a la puerta del cual había puesto Mauricio su zapato tres horas antes pensando en el Padre Noel. Junto al calzado del niño, la madre había colocado ya los regalos que iban a alegrar el despertar de la criatura. Se veían allí varios paquetes misteriosamente envueltos y, aparte, una caja muy grande, que debía contener un juguete más espléndido que los otros, a juzgar por su dimensión. Era la única que llevaba una inscripción que Francisco de Rourre no pudo menos de leer: «Para mi querido Mauricio, de su papá en viaje...» Los caracteres estaban trazados en letras capitales, ¿por quién, sino por la madre que había querido fingir su letra?... Todo el secreto de la vida actual de aquella desgraciada mujer estaba en la sublime y candorosa mentira de un regalo en nombre del marido culpable; pero era el padre, el padre que podía volver, el padre cuyo abandono debía ignorar el niño y en cuyo tierno corazón debía guardarse un lugar. Y la madre se le guardaba por una heroica y tierna ficción que en aquel regalo de Navidad mostraba su celo, como en los retratos del dormitorio atestiguaba la perseverancia. El héroe imaginario de aquella piadosa novela maternal contemplaba, atónita la mirada y convulsa la faz, ese regalo hecho en su nombre y sin él saberlo. Todavía llevaba sobre sus ropas de automovilista, desgarradas en algunos puntos, en sus manos manchadas por rayas sanguinolentas, la señal de su escalamiento por el muro y entre los clavos. Se miró en el espejo y se vió de pie cerca de aquel cuadro de intimidad familiar. Vió aquel hogar, aquel zapato de niño, aquellos objetos cuidadosamente envueltos, y se produjo el efecto de un criminal... ¡Ah! ¡Qué le importaba ahora que Julia esperase! ¡Qué distante de él estaba!... ¡Iba a cometer el hecho para el cual se había aven-

turado hasta allí, a apoderarse de aquel hijo en cuya alma la madre mantenía tan evidentemente un culto para él... ¡Robarle!... ¡Confiarlo a aquella mujer que jamás había poseído de él más que los sentidos, el frenesí de una pasión delirante, pero tan grosera, tan bastarda, de carne y de sangre!... Durante algunos momentos, que fueron bastante cortos, pero hay ciertos *ictus* morales, como los *ictus* físicos, que en su fulminante convulsión trastornan todas las células de un cerebro en algunos segundos, su amante y su vida causaron horror a ese hombre y el «No... no...», que pronunció repetidamente en voz alta, no se parecía en nada al «Por esta vez, no hay remedio», de su llegada... El reloj de la habitación en que se hallaba dió una campanada metálica que le despertó como de un sueño. Pudo ver que el minuterero estaba sobre las seis. Las doce y media... La misa que se celebraba en la capilla iba a terminar... ¡Iba a ser sorprendido así por su mujer! ¡Eso nunca!... Silenciosamente, presuroso, de puntillas, velando con su mano la llama de la bujía, se dirigió al cuarto donde había adivinado que descansaba su hijo. El lecho apareció y en él, sobre la almohada, la inocente cabeza, con sus ojos cerrados, su boca abierta y el oro de sus cabellos esparcidos. El aliento acompasado de aquel ser encantador no se alteró al acercarse su padre, que, inclinado ante ese sueño, rozó con sus labios la mejilla fresca y rosada del niño, su niño, para quien, gracias a la madre, no había dejado de ser el gran amigo bienhechor y admirado, el protector, el padre... Luego, silenciosamente, presuroso, de puntillas, siempre cuidando de ocultar con su mano la luz, que hubiese podido despertar al que dormía, volvió al tocador, al dormitorio, a la terraza... Escuchó... El oficio aún no había acabado, puesto que la capilla permanecía cerrada, y con tanto terror de ser visto

como si no saliera con las manos vacías, sin haber realizado su monstruoso proyecto, se colgó de la balaustrada, se dejó caer al suelo y huyó a través del parque.

III

.....

— ¡Solol...—exclamó Julia cuando su amante franqueó la tapia y se encontró delante de ella—. ¿No has encontrado la habitación? ¿Había gente?... Pero ¿cómo estás tan pálido? ¿Por qué tiembles? ¡Habla, habla!...

— Vámonos—dijo Francisco de Rourre con voz trémula, sin responder a las preguntas de la joven, que le había cogido del brazo insistiendo:

— Confiesa la verdad. No te has atrevido. Has tenido miedo...—Y soltó una risa estridente—. O tu mujer...

— Te he prohibido hablar de ella—interrumpió él desasiéndose y estrechándola a su vez, tan rudamente, que le arrancó un pequeño grito—. Oyes—repitió—, te lo prohibo...

Su acento era tan extraño y su rostro había tomado una expresión tan feroz, que la amante se calló. ¿Qué había pasado en aquella media hora para que cambiase de ese modo? Habían desandado el camino que debía conducirles hacia el automóvil, pero sin que ahora Francisco de Rourre pareciese querer esconderse. Cuando las linternas aparecieron entre los troncos de los pinos, dijo ella con voz en que vibraba un desaffo:

— Mira, vamos a volver a Marsella. No pienso se-

guir más tiempo en el Mediodía. Desde el momento en que el asunto ha fallado, regreso a París. No culpes a nadie más que a ti, si vuelvo al teatro...

— ¡Bien! Tú harás lo que quieras—respondió él—. Todo me es lo mismo con tal que nos vayamos de aquí y pronto, pronto...

Por primera vez la querida sintió que la esposa había encontrado el medio de ser más fuerte que ella en el corazón del hombre que ella había llevado hasta el umbral del crimen, e incapaz de explicarse mentalmente, por otros motivos que los más bajos, la variación que echaba por tierra un plan de *chantage* largamente acariciado, cuando el automóvil arrancaba gruñó entre dientes un «¡Cobardel...», que el padre de Mauricio no oyó siquiera. A través del cristal del veloz carruaje veía él alejarse los pinos de la colina lo mismo que fantasmas, y una tristeza infinita le inundaba el alma, donde, sin embargo, surgía una débil esperanza. Si su mujer hacía que su hijo continuase queriéndole y respetándole, ¿era para rechazarle si volvía alguna vez?... ¿Volver?... ¿Se atrevería algún día?... Y volviendo los ojos hacia su compañera, que le observaba de soslayo, como felino que acecha los movimientos de su presa, sintió, con un estremecimiento de toda su carne, que la odiaba tanto como la amaba.